

El nuevo beato Juan Pablo II: popular y mediático, contradictorio y místico

El que un papa, Benedicto XVI, beatifique a su predecesor es toda una novedad en la larga historia de la Iglesia. Como miembros vivos de la Iglesia nos alegramos y nos sentimos muy unidos a cuantos han hecho lo posible para que Juan Pablo II fuese beatificado. Más allá de nuestra alegría y contento, en este editorial se ofrecen una interpretación y un puñado de claves para entender y hacer pacíficamente nuestra esta decisión.

Un papa popular y mediático que batía récords

El próximo día 1 de mayo será beatificado Juan Pablo II. En este punto, como en tanto otros, también el papa Wojtyla bate marcas entre sus contemporáneos. Ninguno de sus predecesores fue elevado a los altares tan rápidamente como él, ni ninguno, con ser creciente tras la Revolución Francesa la popularidad y hasta la devoción a la persona de los papas, ha sido tan popular y conocido como él. Si por algo se distinguió el papa Wojtyla, tanto a lo largo de su vida como en la hora de su muerte, fue por estar siempre acompañado por multitudes cada vez más numerosas y distintas. Con toda probabilidad la ceremonia romana y vaticana de su beatificación batirá récords y será recordada como una de las más multitudinarias concentraciones de católicos y personas de buena

voluntad, que una vez más querrán estar al lado de su papa, ahora beato y pronto, esperamos, santo.

Desde que los medios de comunicación hicieron su aparición, la vida y muerte de los papas han sido seguidas con inaudito interés por cada vez más millones de personas. En la larga agonía de Pío XII, la radio acercó a los católicos a las estancias papales de Castelgandolfo, haciéndola más humana y cordial. La televisión estuvo presente en el fallecimiento de Juan XXIII. Los más sofisticados medios de comunicación hicieron que durante mucho tiempo la ancianidad, decrepitud y decadencia física del nuevo beato fuesen vividas, algunos afirman que hasta televisadas, como si formaran parte de su ministerio petrino. Su óbito, además de esperado, fue interpretado como la culminación de una existencia entendida y vivida como martirio y como entrega hasta el último suspiro. A no pocos esta tan peculiar manera de abrazar y no rechazar el dolor y la decadencia, les impulsó a pensar que se encontraban ante una persona santa.

Algo parecido aconteció durante el fallecimiento y los funerales del papa Pío IX (1878); en los días en que el papa Mastai-Ferretti moría, una enorme multitud portaba, como adelantándose a los tiempos, pancartas en las que se podía leer *Santo subito*; sin embargo, hubo que esperar 122 años para que fuera beatificado, precisamente, por Juan Pablo II en el año 2000. Menos larga en el tiempo, pero mucho más intensa y problemática en la vida de la Iglesia, resultó la canonización del papa Sarto en 1954; muchos estudiosos consideran que sin el arrojo y el interés personal de su sucesor Pío XII, Pío X no hubiera sido canonizado. Mucho más rápida en el tiempo y mucho más unánime tanto dentro como fuera de la Iglesia fue la beatificación en el año 2000 de Juan XXIII.

¿Un proceso demasiado rápido?

¿Qué ha pasado dentro del seno de la Iglesia para que en tan sólo seis años un papa tan reciente, controvertido, carismático y singular como fue el papa Juan Pablo II sea beatificado y que la ceremonia de su beatificación bata récords de participación y entusiasmo? Amén de sus virtudes y su afanosa y entregada dedicación, hasta el puro agotamiento físico y psíquico, al servicio de la Iglesia, han pesado en la celeridad de su proceso y en su reconocimiento como beato circunstancias y claves que para el gran público nos son, en buena parte, desconocidas. Las grandes

decisiones, más todavía las decisiones que acaban afectando nuestras vidas, nos parecen claras y evidentes hasta que éstas resisten nuestra capacidad de análisis, acercándonos, cuando no lo son, no sólo al misterio de lo posible y de lo esperable, sino al misterio con mayúscula. La celeridad de esta beatificación se debe, en buena parte, a la dispensa concedida por Benedicto XVI para que la causa de su antecesor no tuviese que esperar los cinco años preceptivos, iniciándose, en consecuencia, dos meses después de su muerte. Razón parecida por la que la Madre Teresa de Calcuta, fallecida en 1997, fue beatificada, precisamente por el nuevo beato, seis años después (2003) de su fallecimiento. Algunos interpretan el gesto del papa actual, además de como un espontáneo homenaje a su antecesor, como un una oportunidad única para seguir evangelizando al modo de Juan Pablo II. Oportunidad que no convenía se enfriase y se dilatase demasiado en el tiempo.

No pocos analistas sociales, creyentes y no creyentes, católicos y miembros de distintas confesiones cristianas, han considerado a Juan Pablo II como una de las personalidades más carismáticas, relevantes, prestigiosas y autorizadas del siglo XX. La Iglesia católica, para bien y también para mal, ha sido marcada en sus orientaciones más profundas y en sus retos más evangélicos y misioneros por el nuevo papa beato. La Iglesia del siglo XXI no se comprende sin sopesar y evaluar lo que durante veintisiete años fue el gobierno del papa surgido tras el Telón de Acero. No está en nuestro ánimo ni creemos oportuno ofrecer a nuestros lectores una valoración histórica de tan largo pontificado. Carecemos de los materiales necesarios y de la perspectiva histórica conveniente para hacerlo. Habrá que esperar unos cuantos lustros para acometer tan imponente labor.

La Iglesia, pese a que nunca llueve a gusto de todos, hace suyos los deseos del pueblo fiel

La Iglesia católica en la medida en la que ha ido leyendo los deseos espontáneos de muchos católicos, los ha ido haciendo suyos. La Iglesia en un proceso vertiginoso —el nuevo beato fue declarado Venerable hace apenas año y medio (19 de diciembre de 2009)— y aparentemente fácil —se ha hablado de hasta 251 milagros atribuidos al difunto papa—, sintonizó enseguida con el *Santo subito* de abril de 2005. La Iglesia, abandonando toda suerte de sana prudencia y comedimiento procesual, ha acabado por reconocer en la persona del que fue uno de sus últimos

papas no sólo una vida ejemplar y heroica, sino una existencia entregada a su misión y ministerio. Con este reconocimiento, la Iglesia, guiada por la sabiduría del pueblo cristiano, hace suyo lo que durante toda su existencia fue el ideal de vida del nuevo beato: su identificación con la persona de Cristo y con los más hondos deseos de su corazón; su configuración, al más puro estilo paulino, con la persona del Redentor. La Iglesia comulga en este caso con todos aquellos que por el ejercicio permanente y carismático del ministerio petrino encarnado por Wojtyla se sintieron confirmados en su fe y estimulados en la práctica de la caridad.

Andrei Sajarov, premio Nobel de la Paz en 1975, tras entrevistarse personalmente con el papa, exclamó: «Es un hombre que irradia luz». La Iglesia, intérprete de las voces del pueblo católico, confirma sus deseos y en poco tiempo los ha hecho suyos. La Iglesia, si nuestra lectura del proceso del papa Wojtyla es acertada, no ha querido, no tiene capacidad para hacerlo, valorar y enjuiciar su pontificado; sí, en cambio, la persona y calidad cristiana del hoy nuevo beato.

En nuestra opinión, en la beatificación que nos ocupa, muy distinta de las ininterrumpidas 56 canonizaciones de los papas de la Iglesia de los primeros siglos, así como de las 19 restantes y de las tres beatificaciones de los papas que le han precedido, los medios de comunicación, para bien y para mal, han supuesto una ayuda inestimable. Juan Pablo II a través de las ondas televisivas y a miles de kilómetros, ya fuese desde la basílica de San Pedro, ya desde remotos y vetustos estadios, ya desde lugares emblemáticos por casi nadie frecuentados, apoyándose y al mismo tiempo recreando un nuevo espíritu litúrgico y celebrativo, consiguió una suerte de comunión e identificación no sólo con su persona, sino con la persona de Pedro y aun la misma persona de Cristo, capaz en sus múltiples registros de confirmar la fe de los hijos de la Iglesia y alegrar el debilitado corazón de los buscadores de la verdad. Su presencia a través de las ondas, estuviese donde estuviese, de joven y sobre todo de anciano y hasta de inválido, impactaba de tal manera que a casi nadie dejaba indiferente. Había en él un algo misterioso, a la vez divino y humano, que acercaba a Dios y no alejaba a nadie de sus hermanos.

A este creciente número de admiradores, primeros beneficiados desde los primeros días de su servicio ministerial, hay que sumar muchos millones de católicos que sin el entusiasmo y frenesí de los que portaban las pancartas del *Santo subito*, reconocen en su persona un ser excepcional, un enviado de Dios, un enamorado de Cristo, un consumado servidor de la Iglesia y un defensor de la causa de los pobres, de la paz, de

El nuevo beato Juan Pablo II

la naturaleza, de la mujer y de todo sentimiento religioso, merecedor de la mejor suerte.

Decíamos que para comprender una decisión de tanta trascendencia como la beatificación de un papa de nuestros días había que apurar el análisis, para al final encontrarnos ante el misterio de una decisión que para algunos puede resultar incomprensible, por lo que tiene de sorpresiva y rompedora de nuestros esquemas. Muchos fieles católicos y muchos excelentes hijos de la Iglesia se sienten sorprendidos y no acaban de comprender cómo en tan pocos años una personalidad como la del papa Juan Pablo II sea elevada a los altares. A un papa, se responden, que sacó adelante tantas beatificaciones y canonizaciones, le viene como anillo al dedo y es una muestra de benevolencia de los buenos católicos el que también sea introducido en el catálogo de los santos. A un papa, se siguen contestando, que tan admirador e inclinado se mostró hacia la heroicidad de propios y extraños, tal vez porque tuviera madera de héroe, le pega, como a ninguno, acompañar a sus admirados santos y santas y ser tenido como el nuevo campeón del catolicismo contemporáneo. A un papa tan mediático, afirman algunos con cierto humor, le corresponde que la Iglesia lo ponga entre sus santos; nadie como él para animar a los católicos y servir de estímulo a los más jóvenes y de testigo a los mayores.

La benevolencia y hasta la ingenuidad de los juicios y valoraciones anteriores no tranquilizan, a nuestro pesar, a muchos buenos católicos que entienden, y tal vez no les falta razón, que la Iglesia católica al beatificar a Juan Pablo II lo que está haciendo es consagrar una muy particular manera de vivir la fe cristiana, una forma muy concreta de estar en el mundo y una manera, siempre en clave militante y combativa, de entender la moral y la vida cristiana. No rechazan la beatificación, la aceptan y hacen suya; eso sí, la juzgan como precipitada y hasta inoportuna. Precipitada por la rapidez del proceso, por las prisas con las que se ha llevado y concluido, por los intereses que entienden esconde, por la incoherencia y por la poca similitud con otras decisiones que la Iglesia toma y en las que consume demasiado tiempo. Inoportuna por subrayar mensajes y procedimientos más próximos a lo mediático y propagandístico que a la naturaleza más concentrada y exigente del proceder cristiano; inoportuna por la desatención y hasta desconsideración con las que la Iglesia actúa en otros campos y asuntos urgidos de sabias y urgentes decisiones e inoportuna, finalmente, por la supuesta y casi segura división que advierten se dará dentro del influyente campo de la opinión pública, que, en su opinión, utilizara la canonización para seguir sembrando sorpresas e

interpretaciones no del todo bien intencionadas. Con la beatificación del papa Wojtyła, concluyen, la masa católica se ve obligada a tomar en poco tiempo partido por una personalidad a la que respeta, pero que considera necesita mucho más tiempo para hacerla suya y valorarla como persona santa. Lo mismo que durante su vida Juan Pablo II no dejó a nadie indiferente, ahora con su beatificación la Iglesia católica pareciera como si se reprodujeran esquemas y comportamientos del pasado.

La Iglesia nos invita a todos a hacer nuestros sus deseos y propuestas

Con esta decisión la Iglesia católica, en consonancia con sus propias tradiciones y con el valor moral y ejemplarizante de las vidas más heroicas de sus hijos, es muy consciente de lo que hace. Pone a nuestra consideración, nos acerca y anima a seguir modelos de vida que, además de catalogarlos como nuestros mejores intercesores, nos insta a que nos inspiremos en sus más profundos deseos y les imitemos en lo que buenamente seamos capaces. En el caso del nuevo beato, la Iglesia pone a nuestro alcance a uno de sus más preclaros hijos; un coetáneo que incorporado definitivamente al Cuerpo de Cristo, ha alcanzado en plenitud aquello que sintió ser el centro de su vida y a la vez el sentido de la existencia de cada hombre y de la historia humana, al tiempo que su presencia en la Iglesia permanece de otra manera viva en la vida de Cristo, en la vida de la Iglesia y en la vida de millones de fieles católicos.

Felices y dichosos los que con santa ingenuidad se alegran en lo más íntimo de su ser con esta beatificación; igualmente felices y dichosos quienes admirando la fe y el entusiasmo de los «ingenuos» hacen suya su alegría y, finalmente, felices y dichosos, quienes se sienten obligados a ejercitar libre y activamente su pertenencia a esta Iglesia popular, devota y militante como la quería y soñaba el nuevo beato; sabia, respetuosa, inteligente y viva como la quiere y sueña Benedicto XVI. ■